

pero la lidia no es un puro caos. Antes al contrario, es un cosmos regido por unas leyes muy concretas y muy sabias.

Otro buen conocedor de los toros es mi amigo Antonio Gala, cuyo entendimiento de la tauromaquia no contradice su amor a los animales, su sensibilidad, su imagen exquisita y refinada. Con él he ido a la plaza y alguna vez hemos participado juntos en coloquios taurinos. Hace Gala una afirmación que es para mí un hecho, y es que por encima de diferencias políticas, ideológicas y económicas, dos cosas unen a los pueblos hispánicos, a un lado y otro del Atlántico: la lengua española y la cultura del toro.

De este modo, en Francia, donde la fiesta taurina vive un extraordinario avance, el toreo se identifica con el hispanismo. En una feria francesa hay banderas españolas e intentan imitar el ambiente de una feria andaluza. Lo mismo sucede con los escritores franceses seducidos por el arte taurino. Jean Cocteau se sintió atraído por el flamenco y los toros. En 1926 Montherlant publicó *Los bestiaros*. Y Jean Cau estuvo viajando con Jaime Ostos durante la temporada de 1960, escribió *Las orejas y el rabo* y también otro libro, creo que aún por traducir al español, donde habla de Dominguín, Ordóñez y Hemingway, a quien critica con dureza. Pues bien, el interés de artistas como Cocteau, Montherlant y Cau se debe a que los toros y el flamenco son asuntos muy serios, y no tenemos que avergonzarnos ni cuestionar en exceso el tópico, porque representan un arte típicamente español.

Incluso en el campo del *best-seller* internacional ha tenido cabida la fiesta. Dominique Lapierre y Larry Collins escribieron *O llevarás luto por mí*, novela inspirada en la vida de Manuel Benítez «el Cordobés». Es un libro que he leído detenidamente y me divierte mucho, pero como aficionado me molestan una serie de inexactitudes bastante grotescas, que ocurrirían igual si yo escribiese sobre un deporte típico francés sin conocerlo a fondo. «El Cordobés» es un caso muy interesante, si bien, a pesar de sus méritos, no me gusta el tipo de toreo que practicaba, pues no responde a una línea clásica y cae en el tremendismo. También es cierto que todos los profesionales lo respetan mucho. Existe un libro muy llamativo sobre su trayectoria, *Así fue... El Pipo, Manolete, El Cordobés*, escrito por el apoderado que lo lanzó al éxito, Rafael Sánchez «El Pipo». Como es un libro que publicó el propio autor, apenas ha circulado y poca gente lo ha leído. En sus páginas cuenta «El Pipo» cómo lograba montar todo un número publicitario en torno al torero, aplicando técnicas de propaganda muy peculiares, próximas a la picaresca.

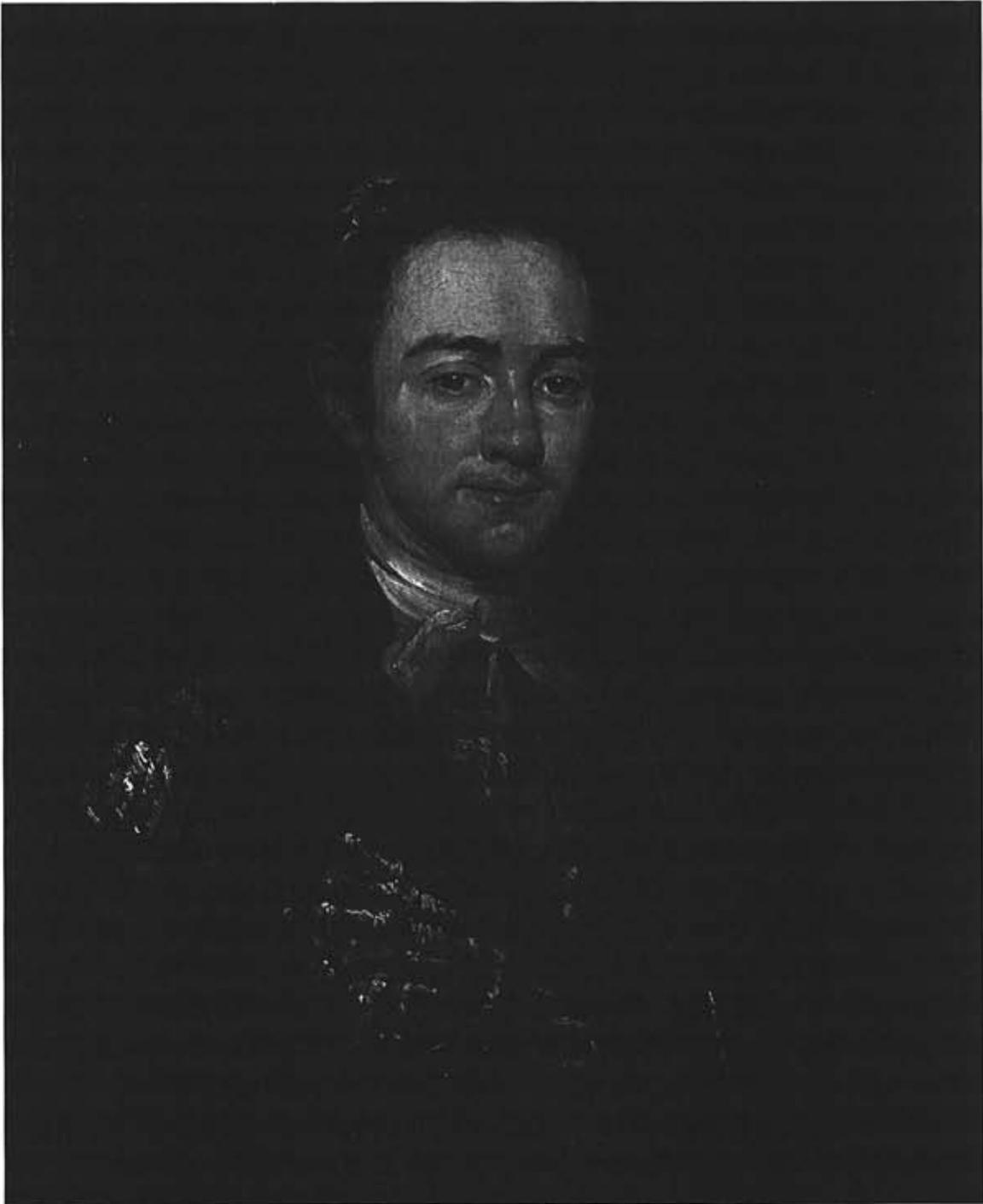
Es muy difícil llevar lo taurino a la novela y al teatro con categoría literaria. En la narrativa el gran peligro es derivar hacia el folletín o el melodrama, como sucede en *El Niño de las Monjas*, de Juan López Núñez. Es

lógico que la novela reciente reaccione contra eso. Por ejemplo, Fernando Quiñones hace unos cuentos de toros que no son nada costumbristas. La lidia le sirve como metáfora de la vida, reflejando un conflicto humano donde el héroe se enfrenta con la tragedia, la muerte y el fracaso. De hecho, los cuentos de Quiñones le gustaron a Borges, que no era nada castizo ni costumbrista. Modestamente yo he hecho algunos cuentos de toros en esa línea. La gente taurina se queda un poco asombrada con ellos, porque son como una tragedia griega. Al margen de que los toreros lleven traje de luces, la suya es una situación trágica absolutamente fecunda para la literatura.

La dificultad del teatro de asunto taurino se debe a que resulta muy difícil representar la tauromaquia con las limitaciones de un pequeño escenario. No obstante, en la literatura teatral de nuestro siglo existen obras que abordan el tema de la fiesta, como *Los semidioses* de Federico Oliver, *El caso del señor vestido de violeta* de Miguel Mihura, *La cornada* de Alfonso Sastre, *Tauromaquia* de Juan Antonio Castro, *Coronada y el toro* de Francisco Nieva, y *Ramírez* de José Luis Miranda.

Otro dramaturgo, el torero Ignacio Sánchez Mejías, es una figura que encarna maravillosamente esa unión de tauromaquia y cultura que aquí tratamos. Precisamente, el otro día tuve la oportunidad de conocer a su hija en Sevilla. A mí no me gusta molestar a las familias, así que había terminado la biografía de Sánchez Mejías sin recurrir a sus parientes. Pues bien, la imagen del diestro que me dio su hija no cambió nada de la que me habían proporcionado Alfredo Corrochano y Marcial Lalanda. Su muerte trágica en el ruedo dio lugar a un mito, pero era sobre todo una persona de enorme inquietud cultural y vital. En las fotos familiares aparece a caballo, nadando, con el equipo de fútbol del «Betis», subiéndose a una avioneta. Era ese tipo de personaje que sin haber estudiado tenía una listeza intelectual extraordinaria, y eso lo confirman Jorge Guillén y Rafael Alberti. Es curioso: él le decía a su padre que estudiaba Medicina, cuando en realidad no había terminado ni el bachillerato. En la vida ser inteligente es bueno para todo, pero para torear lo es aún más. Ante una situación trágica, rozando en la faena la posibilidad de la muerte, los inteligentes salen adelante. Sánchez Mejías era inteligentísimo y entendió muy bien lo que era ese grupo del 27, la España nueva y la modernidad. Le gustaba estar con los poetas, pero no por pedantería o por hacerse propaganda. Simplemente, eran sus amigos y se divertía con ellos. Con esa inquietud, llegó un momento en que la tauromaquia se le quedaba corta y sintió la necesidad de hacer nuevas cosas en la vida. Entonces escribió teatro e incluso una novela que, por cierto, aún estoy buscando para leerla.

Soy profesor de literatura y me gustan los toros, así que era lógico que acabase preparando un libro sobre Sánchez Mejías. Durante años había tratado esta figura en coloquios y conferencias. Aún espero publicar un ensayo sobre el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, de Lorca. Durante 1998 he ido con el actor Pepe Martín a varios lugares donde yo comento el *Llanto* y luego el actor lo recita; es algo que le llega muchísimo a la gente. Sin embargo, se trata de un poema muy complicado de entender y hay muchas cosas que desentrañar en él. Ese es el motivo por el cual querría dedicarle un libro.



Joaquín Rodríguez «Costillares» (Retrato anónimo, principios del XIX)